

# Rusia y Europa entre la confrontación y la cooperación: el rearme ante el conflicto en Ucrania

*Javier Morales*

*Profesor de Relaciones Internacionales, Universidad Europea  
Coordinador de Rusia y Eurasia, Fundación Alternativas*



La crisis abierta entre Occidente y Rusia a raíz del conflicto de Ucrania, probablemente la mayor desde el final de la Guerra Fría, ha creado un clima de hostilidad que amenaza con alterar definitivamente los fundamentos del equilibrio geopolítico en Europa. Con cada nueva fase en el conflicto –sanciones económicas mutuas, refuerzo del despliegue militar de la OTAN, intervención de tropas rusas fuera de sus fronteras, violación de la soberanía e integridad territorial de Ucrania–, aumenta el riesgo de que este deterioro en las relaciones se convierta en irreversible. En buena medida, el mapa de Europa Oriental ya ha quedado alterado drásticamente: no sólo con la anexión de la península de Crimea por Rusia, sino con la progresiva consolidación de un territorio independiente *de facto* en el este de Ucrania, apoyado por Moscú.

El escenario un año después es el de un país dividido, tanto territorialmente por el separatismo y la ocupación rusa, como socialmente, entre las élites gobernantes y una población cada vez más escéptica frente a la clase política (Morales y Ruiz, 2014b). Al mismo tiempo, la entrada de tropas rusas y el respaldo de Occidente a las nuevas autoridades de Kiev han internacionalizado el conflicto, abriendo un nuevo foco de confrontación en Europa. Para comprender el actual escenario, es necesario responder a cuatro preguntas: ¿cuáles han sido los orígenes internos del conflicto en Ucrania?; ¿cómo se ha desarrollado la intervención de Rusia?; ¿qué papel han desempeñado Estados Unidos y la Unión Europea? Y, finalmente: ¿qué responsabilidad han tenido cada uno de los actores en la escalada de la violencia y los repetidos fracasos en alcanzar una solución negociada?

*Un país dividido,  
tanto  
territorialmente  
por el  
separatismo y la  
ocupación rusa,  
como  
socialmente,  
entre las élites  
gubernantes y  
una población  
cada vez más  
escéptica frente a  
la clase política*

### **El Euromaidán: de protesta a revolución**

Ninguno de los posteriores acontecimientos era previsible cuando comenzaron, en noviembre de 2013, las protestas ciudadanas en Kiev que después serían conocidas como Euromaidán: por la plaza –*maidan* en ucraniano– de la Independencia en la que se concentraban, y por su apoyo al Acuerdo de Asociación con la Unión Europea, cuya firma había suspendido el presidente Yanukovich debido a las presiones de Rusia. El posterior enfrentamiento internacional tuvo su detonante precisamente allí: en la determinación de los ciudadanos anónimos que comenzaron a manifestarse agitando banderas europeas y resistiendo las bajas temperaturas. Comenzó como un movimiento social pacífico, apoyado por jóvenes, estudiantes, grupos de izquierda o simplemente personas indignadas con la crisis económica y la corrupción de sus gobernantes; para quienes orientarse hacia la “Europa” representada por la UE –pese a que el Acuerdo de Asociación no contenía ninguna promesa de un futuro ingreso de Ucrania como Estado miembro– suponía la única esperanza de regeneración política, perdida ya su confianza en las instituciones.

Esta imagen pacífica, sin embargo, sería solamente el primer acto de la tragedia posterior. Desde las primeras protestas en noviembre de 2013 hasta su triunfo en febrero de 2014, el Euromaidán iría transformando su composición, tácticas y objetivos, tanto por la entrada de nuevos participantes como por la reacción a la cruenta represión ordenada desde el poder. El discurso transversal a toda la sociedad, centrado en reivindicar una mejor gobernanza y respeto al Estado de Derecho por parte de Yanukovich –quien ya era también criticado por esos motivos entre su base tradicional del sur y este del país, las regiones con mayor proporción de rusohablantes–, dio paso a un planteamiento identitario, apoyado en un nacionalismo tradicional

de base étnica, que se intensificaría cada vez más hasta derivar en revolución violenta. Frente al carácter espontáneo y cívico de la movilización inicial, dos nuevos tipos de actores comenzarían a acaparar el protagonismo de los enfrentamientos.

El primer grupo de actores lo constituían los principales partidos de oposición con representación parlamentaria, que vieron en el Euromaidán una oportunidad única para canalizar el sentimiento de indignación popular hacia sus propios intereses electorales, tratando de situarse de forma oportunista a la vanguardia de las protestas. *Batkivshchina* (Patria), UDAR o *Svoboda* (Libertad) se convirtieron así en una presencia permanente, con sus respectivos dirigentes Arseni Yatseniuk –sustituto de Yulia Timoshenko, líder del partido entonces en prisión–, Vitali Klitschkó y Oleh Tiahnibok apareciendo juntos en los escenarios de la plaza. Pero esta colaboración pragmática, aparentemente derivada del espíritu aglutinador del Maidán por encima de cualquier diferencia ideológica, encubría una contradicción menos confesable: entre las reivindicaciones democráticas de los manifestantes, por un lado, y la ideología ultraderechista de *Svoboda*, condenada en 2012 por el Parlamento Europeo por sus opiniones “racistas, antisemitas y xenófobas” (European Parliament, 2012). Este extremismo de uno de los partidos presentes en el Maidán no impidió a Occidente respaldar sin distinción a todos ellos: por ejemplo, en las sucesivas visitas de la Alta Representante europea Catherine Ashton, la vicesecretaria de Estado de EE.UU. Victoria Nuland, o el senador de ese país John McCain, en las que se reunieron con los dirigentes de esas tres formaciones para mostrarles su apoyo.

El segundo conjunto de actores, mucho más minoritario pero cuya influencia se demostraría decisiva, estaba liderado por grupúsculos extraparlamentarios con una orientación no solamente ultraderechista, defensora de un nacionalismo ucraniano excluyente; sino también partidaria del uso de la violencia armada, en la línea de los movimientos supremacistas o neonazis presentes en otros países. Estos grupos, que se afirmaban –al igual que el partido *Svoboda*– herederos de las guerrillas nacionalistas ucranianas de los años treinta y del legado de su ideólogo Stepan Bandera, fueron ganando cada vez más visibilidad entre los manifestantes con el paso del tiempo. Por ejemplo, tras la llegada de la extrema derecha miembros de colectivos izquierdistas, anticapitalistas o feministas fueron expulsados violentamente de las concentraciones (Luhn, 2014); y las banderas rojinegras del ultranacionalismo se hicieron tan visibles en la plaza como las banderas nacionales o de la UE.

Pero este reducido número de extremistas, cuyo peso cuantitativo ha sido sobredimensionado por la propaganda rusa –presentando al Maidán como un movimiento íntegramente fascista, y obviando las

*El odio  
acumulado por  
ambas partes se  
expresa en  
términos de  
identidades  
irreconciliables*

reclamaciones democráticas de la mayoría de los concentrados en la plaza–, no podrían haber alterado el curso de los acontecimientos de no ser por las medidas represivas desencadenadas por el gobierno. Además de una nueva ley– luego derogada– que restringía seriamente el derecho de manifestación, Yanukovich no dudó en usar la violencia contra quienes se reunían de forma pacífica, mediante cargas policiales y agresiones de “matones” pagados por las autoridades, conocidos como *titushki*. Fue la imprudencia gubernamental la que contribuyó a radicalizar la protesta, legitimando a los ojos de muchos de los manifestantes el responder de forma violenta a estas medidas represivas.

A partir de entonces, se formaron estructuras paramilitares de “auto-defensa” en el Maidán, con la *sotnia* o “centuria” como unidad básica. Dentro de ellas, los diferentes grupúsculos fascistas se unieron para formar el *Pravy Sektor* (Sector de Derechas), que junto con otros similares como *Spilna Sprava* (Causa Justa) serían responsables de la ocupación de varios edificios públicos. Las autodefensas, incluyendo –pero no sólo– a esta minoría de extrema derecha, se convirtieron en la fuerza de choque de los combates contra la policía, utilizando armamento improvisado como palos y cócteles Molotov. Por parte de las fuerzas gubernamentales, la brutalidad de la respuesta llegaría al uso de francotiradores para disparar contra la multitud. Más de un centenar de civiles, junto con dieciocho policías, murieron como resultado de estos enfrentamientos.

El odio acumulado por ambas partes, expresado ya en términos de identidades irreconciliables –la “verdadera” nación ucraniana contra los “traidores” prorrusos, identificados en especial con el presidente y sus seguidores–, explica el fracaso del acuerdo del 21 de febrero de 2014 entre Yanukovich y los tres principales partidos de la oposición, con la mediación de la UE y Rusia. Con una parte del Maidán amenazando con continuar la lucha hasta tomar el poder, el presidente huyó de la capital temiendo por su vida; dejando así el terreno libre a las autodefensas para rodear el parlamento y permitir una votación que destituyó formalmente a Yanukovich, impulsada por los partidos opositores. Este suceso marcaría el punto de no retorno en el conflicto interno, que no sólo no quedó resuelto aprovechando la oportunidad del acuerdo negociado, sino que se convertiría rápidamente en conflicto internacional con la intervención directa de Rusia. Moscú calificó esta toma del poder como una ruptura unilateral del acuerdo del 21 de febrero, aprovechada por la oposición para dar un golpe de Estado sirviéndose de la presión de las autodefensas armadas; con lo que ella misma se consideró legitimada para usar la fuerza de forma unilateral en defensa de sus intereses en el país, ante todo ocupando la península de Crimea.

De cara a la sociedad ucraniana, el triunfo del Euromaidán plasmado en el derrocamiento de Yanukovich se convirtió en el mito fundacional del nuevo régimen, según el cual la nación se habría sublevado unida contra un presidente tiránico. Pero el país distaba mucho de apoyar en su totalidad la toma revolucionaria del poder que se había producido en Kiev. Por una parte, aunque el hartazgo con la corrupción y el deterioro de las condiciones de vida era también compartido por los votantes de Yanukovich –concentrados en las regiones del este y sur del país–, la fractura territorial continuaba presente en todos los demás aspectos. Así, un 80% de los habitantes del sur –incluida Crimea– y un 70% de los del este se habían opuesto al Maidán (Andreyev, 2014), pese a que una parte de su población hubiera apoyado el levantamiento. Esta reacción negativa de algunos territorios, agudizada tras la toma del poder por los opositores, sería aprovechada por el Kremlin para promover una insurrección separatista que desestabilizase el país, debilitando así a las nuevas autoridades y haciendo imposible en la práctica su avance hacia la integración en la OTAN o la UE.

### **El papel de Rusia en la internacionalización del conflicto**

En los últimos meses, el comportamiento de Moscú ha superado cualquier reivindicación legítima de su derecho a defender sus intereses políticos y económicos en la periferia exsoviética; para manifestarse, en cambio, como una potencia imperialista que no ha dudado en violar la soberanía e integridad territorial de Ucrania, con el fin de desestabilizar a un gobierno hostil. Pese a que Rusia haya tratado de presentar su actuación como una “injerencia humanitaria” para proteger a la población rusoparlante de Ucrania –argumento idéntico al empleado por ellos en Osetia del Sur y Abjasia, copiado a su vez del de la OTAN en Kosovo–, la manipulación informativa no puede ocultar las contradicciones entre esta supuesta preocupación por la seguridad de las minorías, por una parte, y su continuada violación de los derechos humanos en Chechenia y otras regiones del Cáucaso Norte ruso, por otra.

Tampoco es creíble la dicotomía que trata de establecer el discurso mediático ruso entre el “régimen fascista”, supuestamente llegado al poder en Kiev tras el Maidán, y los “luchadores antifascistas” sublevados en el este del país, si tenemos en cuenta el papel central de los grupos ultranacionalistas rusos –tan de extrema derecha como sus homólogos ucranianos de Svoboda o Pravy Sektor– como organizadores de estas revueltas separatistas (Morales y Ruiz, 2014a). Se trata así de un enfrentamiento que en el plano internacional tiene poco de ideológico, y mucho de vieja *realpolitik* basada en el control de una esfera de influencia que permita a Rusia mantener su papel

*La recuperación de símbolos históricos para movilizar a la población en torno a la defensa de la propia identidad frente al enemigo ha sido una constante a lo largo de este conflicto*

como potencia europea. La recuperación de símbolos históricos para movilizar a la población en torno a la defensa de la propia identidad nacional frente al enemigo –como la “Gran Guerra Patria” contra el agresor nazi, en el caso de Rusia, o la resistencia a la dominación soviética en el caso de Ucrania– ha sido una constante a lo largo de este conflicto

Por esta razón, sorprende que algunos de quienes han criticado –acertadamente– que desde Kiev se silencien los aspectos menos loables del Maidán, como la presencia de elementos de ultraderecha, otorguen en cambio mayor credibilidad a esta estrategia propagandística de Moscú. El aspecto más dramático de esta aceptación acrítica de las tesis rusas es la incorporación de voluntarios extranjeros –incluyendo varios españoles– a las filas de las milicias prorrusas, movidos por un sentimiento antiimperialista y de solidaridad con la población civil; ignorando la ideología ultraconservadora de los insurgentes, su utilización como correa de transmisión de la estrategia imperialista del Kremlin, y su responsabilidad en graves violaciones de los derechos humanos, como secuestros y ejecuciones sumarias (Ter y Riu, 2014).

Sin embargo, frente a la imagen de Moscú como un actor monolítico que habría perseguido sus intereses de forma clara y contundente a lo largo de toda esta crisis, hay que destacar igualmente que el conflicto en el país vecino ha dado lugar a una notable transformación de la propia política exterior rusa, acelerando algunas tendencias que ya estaban presentes. La primera de ellas es el abandono del pragmatismo, que permitió por ejemplo avanzar en las relaciones con EE.UU. –el famoso *reset*– tras la llegada de Obama a la Casa Blanca; y que después acabaría fracasando, precisamente, por la tentación del Kremlin de alentar el antiamericanismo para debilitar a su propia oposición interna. Con decisiones tan extremas como la anexión acelerada e irrevocable de Crimea –aún más difícil de justificar políticamente que, por ejemplo, el reconocimiento como Estados de Osetia del Sur o Abjasia, territorios que ya eran *de facto* independientes–, Rusia ha convertido en improbable la perspectiva de una rápida vuelta a la normalidad con Occidente; la cual, aunque no estuviera exenta de tensiones, sí permitía considerar éstas como *business as usual*.

La segunda tendencia, conectada con la anterior, es la creciente sensación de vulnerabilidad de Putin tanto en el ámbito interno como en el internacional, que le lleva a reaccionar de forma cada vez más desproporcionada frente a los cambios. En un sistema de “vertical del poder”, en el que la toma de decisiones está concentrada por completo en el presidente y su entorno más cercano, Putin se ha mostrado incapaz de adaptarse a las nuevas demandas de la sociedad rusa y legitimar por una vía plenamente democrática su permanencia en

el poder; por el contrario, el aislamiento y la paranoia frente a las amenazas –descritas por ejemplo por Judah (2014)– se han convertido en la nota dominante de su liderazgo. La política exterior se ha convertido así, todavía más que en etapas anteriores, en un simple medio para conservar su popularidad entre la población rusa; una estrategia que desde el inicio de la crisis de Ucrania, al menos a corto plazo, se ha demostrado exitosa: en octubre de 2014 obtenía un abrumador 88% de apoyo, frente a un 61% en noviembre de 2013, según encuestas independientes (Levada-Tsentr, 2014).

En tercer lugar, el precio de esta movilización ha sido un giro del nacionalismo oficial hacia posiciones cada vez más agresivas, cercanas a las tesis de la doctrina nacionalista rusa conocida como eurasianismo: incompatibilidad radical entre los valores de la “civilización eurasiática” y los occidentales, combinada con la defensa de un expansionismo imperialista en el espacio postsoviético. (Morales, 2009). Las ideas eurasianistas –siempre presentes en el debate político ruso, de la mano de teóricos como Alexander Dugin– habían tenido hasta ahora un impacto limitado en la política exterior de Putin; la cual, aunque asertiva frente a Occidente, se había caracterizado por su baja carga ideológica y su adaptabilidad tanto a los intereses concretos como a las circunstancias externas de cada momento. Sin embargo, al no poder evitar el desarrollo de los acontecimientos en Ucrania, el Kremlin optó por recurrir a estos argumentos del nacionalismo más tradicional para legitimar ante la opinión pública sus acciones posteriores: primero la anexión de Crimea, y después la intervención militar en las regiones orientales del país. Esta radicalización del discurso quedó claramente de manifiesto en la declaración de Putin con motivo de la incorporación de Crimea a la Federación Rusa (President of Russia, 2014).

La decisión del Kremlin de anexionarse esta península ucraniana, tras una ocupación militar y declaración unilateral de independencia –sancionada por un referéndum sin ninguna garantía–, fue el punto de inflexión que abrió la actual etapa de enfrentamiento abierto con Occidente, más profundo que otros desacuerdos anteriores. Con esta maniobra, Putin no sólo se oponía a que Ucrania abandonase la esfera de influencia rusa para aproximarse a la occidental; una posibilidad que hubiera contrariado los intereses de Moscú, pero sin suponer una amenaza directa para su seguridad, ya que la dependencia ucraniana en cuanto al suministro energético y las relaciones económicas con Rusia era suficiente para garantizar una mínima estabilidad. El principal problema para el Kremlin había sido el derrocamiento del presidente Yanukovich el 22 de febrero de 2014, pese a que el día anterior se hubiera firmado un acuerdo con la mediación de Rusia, en el que la oposición ucraniana aceptaba esperar a la celebración de unas elecciones presidenciales adelantadas previstas para finales de ese año. Fue el temor de Moscú a perder su credibilidad



como gran potencia, si consentía lo que a sus ojos había sido un engaño –y no tanto una preocupación real por su seguridad, ni mucho menos por la de la población de Crimea–, lo que le impulsó a anexionarse ese territorio como represalia.

### **La respuesta de Occidente: ¿hacia una nueva Guerra Fría?**

La UE y EE.UU. adoptaron posiciones muy distintas tras el comienzo del Euromaidán en noviembre de 2013. El rechazo en el último momento del presidente Yanukovich a firmar el proyectado Acuerdo de Asociación había cogido desprevenida a la diplomacia europea, que no había valorado suficientemente el riesgo de que la amenaza de represalias de Moscú –combinada, a modo de “palo y zanahoria”, con una generosa oferta de ayuda económica y un descuento en el precio del gas– llevase a Kiev a rechazar el acuerdo. La posición de la UE en relación con las protestas iniciales fue de moderación y cautela; aunque considerándolas como ejemplo de las aspiraciones del pueblo ucraniano acerca de un futuro “europeo” para su país. En aquél momento, recordando la pacífica Revolución Naranja de 2004, se planteaba la posibilidad de que estas movilizaciones ciudadanas pudieran desgastar la imagen del presidente hasta el punto de obligarle a cambiar su decisión; o más bien, y preferiblemente, que permitiesen su derrota en las siguientes elecciones a manos de uno de los partidos proeuropeos de la oposición.

*Washington no creyó necesario coordinar su apoyo al Maidán con lo europeos, sino que perseguía únicamente sus propios intereses*

Los distintos Estados miembros tenían, eso sí, sus preferencias en este sentido: por ejemplo, Alemania apoyaba a la formación de centroderecha UDAR de Vitali Kitschkó, con la que ya colaboraba en el marco del Partido Popular Europeo. EE.UU., como quedó en evidencia por la conversación telefónica interceptada a Victoria Nuland, vicesecretaria de Estado, defendía en cambio al partido *Batkivshchina* y a Arseni Yatseniuk como futuro líder del país. La posición estadounidense fue de apoyo más activo a las protestas del Maidán, con viajes no sólo de Nuland como representante de la diplomacia estadounidense, sino también de políticos como el senador republicano John McCain y el demócrata Chris Murphy; los cuales se dirigieron a los manifestantes desde el escenario del Maidán –que compartían con el líder del partido xenófobo *Svoboda*, Oleh Tiahnibok– afirmando “estamos aquí para apoyar vuestra causa [...]”. Y el destino que buscáis está en Europa” (Fox News, 2013). No obstante, como también se podía deducir por el tono despectivo de Nuland en la citada conversación –“*fuck the EU*”–, pese a utilizar el argumento europeísta en su discurso hacia Ucrania, Washington no creía necesario coordinar su apoyo al Maidán con el que estaban realizando los europeos; sino que perseguía únicamente sus propios intereses nacionales.



En cuanto a la OTAN, la crisis de Ucrania fue percibida claramente por esta organización como una inesperada oportunidad para justificar nuevamente su existencia, puesta en cuestión al final de la Guerra Fría por la desaparición de su principal adversario, y de forma más reciente con el fin de su misión en Afganistán. La propia identidad colectiva de la Alianza, definida por la rivalidad con Moscú a lo largo de décadas de conflicto bipolar y reforzada después con el ingreso de varios Estados del antiguo bloque soviético, la convertía en un actor especialmente preparado para representar las posiciones occidentales en la crisis de Ucrania. Así, la OTAN asumió un papel singularmente activo en la formulación de la nueva estrategia política y mediática frente a Rusia, desde sus estructuras centrales en Bruselas a las puramente militares, como el cuartel general del mando para Europa (SHAPE). En su faceta política, desde la organización se condenó la anexión de Crimea y se denunció repetidamente la presencia de tropas rusas en el este de Ucrania; aunque también es cierto que estas acusaciones se emitieron ya desde el inicio de los levantamientos separatistas, cuando se trataba de milicias irregulares de voluntarios o mercenarios –sostenidos por Moscú– pero no de las unidades del ejército ruso que llegarían más adelante, para detener la ofensiva militar lanzada por Kiev.

En el ámbito militar, se reforzó la presencia de EE.UU. en Europa Oriental, enviando tropas a Polonia, Estonia, Letonia y Lituania; y se iniciaron patrullas navales de la OTAN en el mar Báltico. En la Cumbre de Gales de agosto de 2014, la necesidad de defenderse frente a Rusia apareció como la principal prioridad –por encima del avance del Estado Islámico o la situación en Libia–; lo cual permitía requerir a continuación a los Estados miembros que aumentasen sus presupuestos militares, pese al contexto de crisis económica (NATO, 2014a). Sin embargo, las demostraciones de fuerza aliadas no han hecho sino incrementar la tensión, ya que Rusia las ha aprovechado para exhibir igualmente su músculo militar y justificar la supuesta agresividad occidental hacia ella. Así, en octubre de 2014 la Alianza detectó una actividad inusualmente alta de aviones militares rusos sobre espacio aéreo internacional, en las proximidades del territorio aliado (NATO, 2014b).

A pesar de esta retórica de confrontación, que recuerda inevitablemente a la de épocas pasadas, no debe pensarse que realmente estamos asistiendo a una nueva Guerra Fría entre Occidente y Rusia (Ferrero, 2014). Ante todo, la interdependencia en un mundo globalizado –donde la comunicación entre sociedades es además instantánea y se realiza por múltiples canales– es demasiado intensa para que sea posible el aislamiento de un “bloque” frente al otro que permitió entonces establecer un monopolio ideológico. Esta interdependencia crea una nueva lógica en la que todas las potencias desean evitar verse marginadas, evitando al mismo tiempo una dependen-

*Pese a la legitimidad de las reivindicaciones democráticas del Maidán, la tragedia es que su éxito no sirvió para unir al país en la resolución de problemas comunes*

cia excesiva respecto de cualquiera de sus socios. Por ejemplo, la estrategia rusa de amenazar de forma más o menos velada con establecer un eje Moscú-Pekín como alternativa a sus relaciones con Occidente sería insostenible en la práctica, ya que condenaría a Rusia a convertirse en el *junior partner* de una economía mucho más sólida; privándoles además de la posibilidad de influir en las decisiones de EE.UU. en cuestiones donde sus intereses son similares, como la lucha contra el radicalismo islámico.

Esta dependencia mutua es especialmente clara en el caso de la UE y Rusia, que independientemente del resultado de la crisis de Ucrania no pueden permitirse verse privados del acceso a sus respectivos mercados. Así, las sanciones comerciales aprobadas tanto por Rusia como por la UE parecen poco sostenibles a largo plazo, por el daño irreparable que la reducción de las exportaciones propias y de los suministros recibidos del exterior –energéticos desde Rusia, agroalimentarios desde la UE– ocasionaría a sus economías, gravemente afectadas por la crisis internacional. Incluso en el caso de Moscú, que podría confiar en el auge nacionalista conseguido tras la anexión de Crimea para atenuar el descontento social que las sanciones podrían provocar, sería poco realista esperar que la popularidad de Putin no se viera afectada, si el enfrentamiento con Occidente comienza a afectar a la vida cotidiana de los rusos en forma de desabastecimiento o aumento de los precios.

### **Conclusión**

El escenario futuro de las relaciones entre Occidente y Rusia va a estar determinado por varios factores. En primer lugar, no hay que olvidar que el origen de este enfrentamiento internacional fue el conflicto interno en Ucrania, una sociedad fracturada entre dos identidades que no responden por completo a las etiquetas de “proeuropeo” y “prorruso”, sino que compiten por imponer su visión exclusivista de la nación ucraniana: bien como una cultura radicalmente diferenciada de la rusa, y construida en oposición a ella, o como parte de una civilización común configurada a lo largo de la historia, y que trasciende las fronteras políticas actuales. Pese a la legitimidad de las reivindicaciones democráticas del Maidán, la tragedia es que su éxito no sirvió para unir al país en la resolución de problemas comunes ampliamente compartidos por todos los ciudadanos, como la mejora de la situación económica y la lucha contra la corrupción; sino que sirvió para resucitar conflictos históricos y líneas divisorias en torno a diferencias étnicas y lingüísticas. Hasta que Ucrania no consiga consolidar una identidad cívica común en la que todos los ucranianos –independientemente de su idioma o sentimientos hacia Rusia– puedan sentirse representados, sin necesidad de adherirse a ideolo-

gías nacionalistas, el país no podrá lograr la estabilidad necesaria para resolver su crisis; ni mucho menos plantearse de forma realista el objetivo de una futura integración en la UE.

El segundo de estos factores es el propio enfrentamiento militar en las dos regiones ucranianas del Donbass, Donetsk y Lugansk, que ha superado ya el carácter de guerra civil contra una insurgencia separatista –apoyada desde Rusia– para convertirse plenamente en un conflicto internacional entre tropas ucranianas y rusas. La ruptura por ambas partes de los diversos acuerdos de alto el fuego alcanzados hasta ahora, incluidos los de Minsk, no permite ser optimista acerca de la posibilidad de una futura solución dialogada. Pero al mismo tiempo, la continuación de los combates tampoco hace más cercano el fin de la guerra, ya que cada una de las partes tiene objetivos y capacidades radicalmente diferentes. Kiev desea recuperar el control de todo su territorio, expulsando tanto a las tropas rusas como a las milicias rebeldes; pero no cuenta con la capacidad militar para ello ni puede permitirse sostener el esfuerzo de la ofensiva indefinidamente, pese a la ayuda económica occidental que ya está recibiendo. Moscú, por su parte, desea prolongar el mayor tiempo posible la desestabilización de Ucrania, pero es consciente del aislamiento internacional y deterioro de su “poder blando” que ha tenido que afrontar por su actuación hasta ahora –especialmente por haberse anexionado Crimea–; y que se agravaría al convertir definitivamente a las “repúblicas populares” separatistas en Estados independientes bajo su protección, como ya hizo en 2008 con Osetia del Sur y Abjasia. Así, existe el riesgo real de que el conflicto militar quede “congelado”, con los territorios insurgentes convertidos en independientes *de facto*, pero sin que el Estado ucraniano cese en sus intentos de reconquistarlos (Ruiz, 2014).

El tercer factor es la capacidad de los actores externos –EE.UU., la UE y Rusia– para poner fin a la crisis en Ucrania; la cual va a estar necesariamente condicionada por su influencia sobre el terreno, en la que se advierten claras asimetrías. El Kremlin cuenta, naturalmente, con la capacidad de manipular a las milicias rebeldes, las cuales dependen por completo de su ayuda militar y otros suministros que reciben a través de la frontera. Sin embargo, pese a que el gobierno de Kiev también es plenamente dependiente de la ayuda occidental, ni estadounidenses ni europeos están dispuestos a implicarse más directamente que apoyando desde fuera el esfuerzo de guerra; por supuesto, una participación de tropas de la OTAN en los combates, como Rusia está haciendo en el otro bando, quedaría plenamente descartada. La estrategia occidental de apoyar al presidente Poroshenko y esperar que sea capaz de pacificar el país no parece estar dando resultado: aunque las últimas elecciones demuestran un apoyo masivo de los ucranianos a la estabilidad y el acercamiento a la UE, el foco de conflicto en el Donbass se mantendrá mientras no

se consiga reintegrar a estos territorios en un marco de convivencia mutuamente aceptable, que desactive la aceptación del separatismo entre la población local y logre que la implicación militar de Rusia deje de ser bienvenida entre ellos (Morales y Ruiz, 2014b).

Pero los grandes olvidados de esta crisis, más allá de los intereses de los Estados implicados y de otros actores políticos como las milicias o los grupos ultranacionalistas, son los civiles ajenos a cualquier lucha por el poder, que soportan sin embargo la mayor parte del sufrimiento ocasionado por el conflicto: refugiados, desplazados internos y víctimas de los combates en sus propias localidades. En unos enfrentamientos marcados por la defensa de identidades mutuamente excluyentes, donde ambas partes –también las fuerzas progubernamentales– utilizan la fuerza de forma indiscriminada atacando zonas residenciales (HRW, 2014), parece difícil que las futuras generaciones consigan reconciliarse plenamente una vez finalice el conflicto armado, superando los odios sembrados de forma tan irresponsable a lo largo de los últimos meses.

## Referencias bibliográficas

Andreyev, O. (2014), "Power and Money in Ukraine", *Open Democracy Russia*, 12 de febrero, <https://www.opendemocracy.net/od-russia/oleksander-andreyev/power-and-money-in-ukraine>

European Parliament (2012), "European Parliament resolution of 13 December 2012 on the situation in Ukraine 2012/2889(RSP)", 13 de diciembre, <http://www.europarl.europa.eu/sides/getDoc.do?pubRef=-//EP//TEXT+TA+P7-TA-2012-0507+0+DOC+XML+V0//EN>

Ferrero, R. (2014), "Depende: ¿hacia una nueva guerra fría?", *Esglobal*, 4 de noviembre de 2014, <http://www.esglobal.org/depende-hacia-una-nueva-guerra-fria/>

Fox News (2013), "Senators McCain, Murphy Join Massive Ukraine Anti-Government Protest, Threaten Sanctions", *Fox News.com*, <http://www.foxnews.com/politics/2013/12/15/senators-mccain-murphy-join-massive-ukraine-anti-government-protest-threaten/>

HRW (2014), "Ukraine: Widespread Use of Cluster Munitions", 20 de octubre, <http://www.hrw.org/news/2014/10/20/ukraine-widespread-use-cluster-munitions>

Judah, B. (2014), "Behind the Scenes in Putin's Court: The Private Habits of a Latter-Day Dictator", *Newsweek*, 23 de julio, <http://www.newsweek.com/2014/08/01/behind-scenes-putins-court-private-habits-latter-day-dictator-260640.html>

Levada-Tsentr (2014), "Odobreniye deyatelnosti Vladimira Putina" [Aprobación de la actividad de Vladimir Putin], <http://www.levada.ru/indeksy>

Luhn, A. (2014), "The Ukrainian Nationalism at the Heart of 'Euromaidan'", *The Nation*, 21 de enero, <http://www.thenation.com/article/178013/ukrainian-nationalism-heart-euromaidan>

Morales, J. (2009), "El papel de Rusia en Eurasia: ¿pragmatismo o eurasiatismo?", IX Congreso de la Asociación Española de Ciencia Política y de la Administración (AEC-PA), [http://www.aecpa.es/uploads/files/congresos/congreso\\_09/grupos-trabajo/area07/GT03/10.pdf](http://www.aecpa.es/uploads/files/congresos/congreso_09/grupos-trabajo/area07/GT03/10.pdf)

Morales, J. y Ruiz, R. (2014a), “¿Quiénes son y qué demandan las milicias prorrusas y los activistas que los apoyan?”, blog *Agenda Pública, El Diario.es*, 23 de abril, [http://www.eldiario.es/agendapublica/proyecto-europeo/demandan-milicias-prorrusas-activistas-apoyan\\_0\\_252675356.html](http://www.eldiario.es/agendapublica/proyecto-europeo/demandan-milicias-prorrusas-activistas-apoyan_0_252675356.html)

Morales, J. y Ruiz, R. (2014b), “Ucrania: nuevo parlamento, viejos problemas”, blog *Agenda Pública, El Diario.es*, 20 de octubre, [http://www.eldiario.es/agendapublica/proyecto-europeo/Ucrania-nuevo-parlamento-viejos-problemas\\_0\\_318818182.html](http://www.eldiario.es/agendapublica/proyecto-europeo/Ucrania-nuevo-parlamento-viejos-problemas_0_318818182.html)

NATO (2014a), “Wales Summit Declaration”, 5 de septiembre, [http://www.nato.int/cps/en/natohq/official\\_texts\\_112964.htm](http://www.nato.int/cps/en/natohq/official_texts_112964.htm)

NATO (2014b), “NATO Tracks Large-Scale Russian Air Activity in Europe”, 30 de octubre, [http://www.nato.int/cps/en/natohq/news\\_114274.htm](http://www.nato.int/cps/en/natohq/news_114274.htm)

President of Russia (2014), “Address by President of the Russian Federation”, 18 de marzo, <http://eng.kremlin.ru/news/6889>

Ruiz, F. J. (2014), “Ucrania: un Estado fallido rumbo al abismo”, *Eurasianet.es*, 5 de septiembre, <http://eurasianet.es/2014/09/ucrania-un-estado-fallido-rumbo-al-abismo/>

Ter, Marta y Riu, Abel (2014), “Antifeixisme i extrema dreta, companys d’armes al Donbass”, *Cercle Gerrymandering*, 4 de noviembre de 2014, <http://www.cerclegerry-mandering.cat/antifeixisme-extrema-dreta-companys-darmes-al-donbass/>



